

TAL COMO SOY

© del texto, Daniela Márquez Colodro, 2024

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2025

Av. Andrés Bello 2115, piso 8, Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Primera edición | enero de 2025

ISBN | 978-956-6198-94-9

Número de inscripción | xxx

Impreso en Chile / Printed in Chile

© ilustración de la tapa, Álvaro Solar, 2024

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

TAL COMO SOY

Daniela Márquez Colodro

En memoria de mi padre,
Antonio Márquez Allison,
y el recuerdo de tantos momentos juntos,
dirigiendo orquestas invisibles.

Lo que tengo en mi corazón y en
mi alma debe encontrar una salida.

Esa es la razón de la música.

Ludwig van Beethoven

El poder de la música radica en su
capacidad para unir a las personas
y trascender las diferencias.

Jacqueline Du Pre

MALKI

Viernes por medio, después del colegio, corro a casa con una sola idea en mi cabeza, preparar la cena de *shabat*, el único rito del judaísmo que me heredó mamá antes de partir, hace algunos meses. Me llamo Malkat Ester, soy hija única de Sara y Egon, tengo doce años, y ya a los cuatro tarareaba de memoria la *Canción de cuna Op. 49, n.º 4*, de Johannes Brahms. Nací en una familia de músicos. Sara, mi mamá, tocaba el *cello* (que se pronuncia *chelo*), y Egon, mi papá, toca el oboe. Se conocieron en la orquesta en la que ambos trabajaban en Santiago. Pololearon algunos años, se casaron, y llegué yo.



Mi familia es judía, y «Malkat» significa «reina» en hebreo. Y es que sí, soy la reina de la casa. Soy la Reina Ester. Y me llaman Malki, de cariño. Dicen que me parezco a mi abuela Nené, una argentina alegre y buena para fumar y para el mate con leche. Para mí, nuestra similitud está en la forma de nuestros ojos, aunque los de ella son de color celeste cielo y los míos son color miel. No supero el metro cincuenta y cinco, soy la más baja de mi familia y de contextura diría que soy promedio. De mamá heredé las extremidades largas y delgadas, sus

manos, su pelo color caramelo, aunque el de ella era liso y el mío es crespo como el de papá y el de la abuela Nené, que ahora lo lleva rubio platinado y liso de peluquería. De papá heredé, además, los pies, con el segundo dedo más largo que el gordo, y la forma de las orejas.

La música ha sido parte de mi vida desde antes de existir. Me esperaba. Y sí, tengo un oído musical que llaman «absoluto», aun cuando no me dedique a cultivarlo. Gracias a la música, jamás me he sentido sola, porque las notas musicales me han acompañado con melodías conocidas y otras inventadas en mi mente. Y como mis padres siempre han tenido conciertos cada quince días, en mi casa el *shabat* se ha celebrado viernes por medio, en vez de todas las semanas, desde que tengo memoria. Y los viernes de conciertos me he repartido en la casa de mis abuelos, regaloneada como una verdadera *malkat*. Siempre fue así. Bueno, hasta que mamá partió.

El *shabat* es el día del descanso para el judaísmo y empieza los viernes, cuando al atardecer se ve la primera estrella en el cielo, y termina al día siguiente, el sábado, cuando ocurre lo mismo. En invierno oscurece más temprano, así es que todo empieza antes que en verano. Hay familias que no hacen cena de *shabat*, pero nosotros sí. Hay otras que van a rezar a la sinagoga todos los viernes, pero nosotros no.

Preparar la *jalá* de *shabat*, o pan trenzado, me conecta con mamá y con los muchos viernes de mi vida que compartimos juntas mientras preparábamos la cena de

shabat, a la que llegaban infaliblemente mis abuelos maternos, Matilde y Jacobo, y Nené, mi abuela paterna.

Esos viernes de preparación de *shabat*, cuando la *baclavá* salía caliente del horno y mamá vertía el almíbar generosamente encima, eran momentos de despejar el mesón de la cocina, limpiarlo bien y armar la masa de la *jalá* con la levadura tan leudada que muchas veces desbordaba el recipiente. Entonces, ambas nos tomábamos el pelo, mamá vaciaba el kilo de harina sobre el mesón, lo ahuecaba con la mano en el centro, y vertía aceite, sal, azúcar, agua tibia y finalmente la levadura leudada. Se sacaba su argolla de matrimonio, la ponía en el marco de la ventana de la cocina y se ponía a amasar con entusiasmo y técnica, invocando a nuestras antepasadas en cada movimiento. «¿Sabías que mi abuela Oro, mi bisabuela Mery y mi tatarabuela Alegre amasaban la *jalá* los viernes, igual que lo hacemos nosotras?», repetía viernes por medio. Yo solo la miraba con emoción, sintiendo nítidamente la de ella, imaginando distintas manos de mujer estirando una y otra vez esa masa.

La cocina era el lugar más calentito de la casa. Mientras la masa de la *jalá* crecía, poníamos la mesa, cortábamos ramas y flores del jardín para hacer un arreglo, preparábamos los acompañamientos y volvíamos a fiscalizar la masa. Cuando ya estaba lo suficientemente enorme, mamá la ponía sobre el mesón, la acariciaba y la dividía en dos con un cuchillo enorme. Me miraba por el rabillo del ojo con un esbozo de sonrisa, y



era la señal que esperaba para armar cada una su trenza, meterla al horno y darle *play* al *Concierto para violín en re mayor, Op. 35*, de Piotr Ilich Tchaikovsky, que dura exactamente el tiempo que demoraban las *jalots* (que es el plural de *jalá*) en cocerse. Esos minutos eran nuestro momento de máxima expresión y unión. Estábamos siempre solas, bailando, abrazándonos, haciendo mímicas, jugando a ser directoras de orquestas invisibles. Cuando sonaba la última nota, mamá apagaba el horno, dejaba entreabierta su puerta para que el calor empezara a salir de a poco, y nos tirábamos en los sillones, muertas de cansadas y de la risa.

Cuando mamá partió, su viejo *cello*, ese con el que aprendió a tocar, quedó guardado en su clóset, donde quedaron colgados sus trajes de concierto, todos de color negro; vestidos, blusas, pantalones, su chaqueta de terciopelo entallada que tanto me gusta, sus zapatos de charol con taco cuadrado, y su olor. El olor de mamá. Todo su clóset olía a ella, con todas sus cosas colgadas, cobijando al *cello* abandonado en el fondo, esperándola. Cuando recién se fue, muchas veces, desbordada de nostalgia, corría ahí para sentirme cerca de ella, escuchando



nítidamente en mi mente la *Suite n°1 para cello*, de Johann Sebastian Bach, que tanto tocaba cuando quería distraerse de sus ensayos para conciertos. Parada en la puerta de su clóset, entraba lentamente, como en una especie de ritual, pasando las yemas de mis dedos por su ropa, simplemente para estar con ella, y

olerla una vez más; para abrazarla, aun cuando solo pudiera sentarme en la silla de madera que había junto al *cello*, y estrecharlo entre mis brazos. Mamá decía que lo había elegido porque era el único instrumento clásico que había que abrazar para poder tocar.

Cuando más la extraño es el viernes después del colegio, camino a casa. Tal vez por eso preparo *jalá*. Para estar con ella en mi mente y en mi corazón. Abro la puerta, cuelgo la mochila y corro a la cocina a lavarme las manos para poner la levadura a leudar en un bol con agua tibia y una cucharadita de azúcar, escuchando mi *playlist* favorita, a la que le puse «Sara» en su honor. Espero que ese fermento se active, crezca y viva para mí, recordando las instrucciones que me daba mamá. He mantenido la costumbre de prepararla, aun cuando mi papá tenga concierto y nadie venga a la casa a comer. Así, en nuestra casa, cada viernes hay *jalá*. Y si estamos invitados donde los abuelos, llevo una trenza de regalo y la otra la dejo en casa. Debo confesar que el desayuno de los sábados es el mejor de la semana. Un par de rebanadas de *jalá* tostadas con palta, ¡*oulala*, un manjar!

ALICIA

Me llamo Alicia, tengo trece años, y soy la mayor de mis hermanos, los mellizos Javier y Matías, de once. Desde que tengo recuerdos, siempre hemos jugado juntos. Vivimos en Huechuraba, en uno de los tantos condominios que se han construido en la comuna, donde lo que más sobra son amigos. Las vecinas mayores son las hermanas Marín, que están en tercero y cuarto medio. Nos miran por encima del hombro, y se dedican a sacarse *selfies* con su celular y a fumar en la placita que hay al centro del condominio. Andan siempre muy maquilladas. Javier le puso *Catamarán* a Cata Marín y *Pailamarina a Paula Marín*, y a ellas les carga. Después, viene una gran masa de chicos como de mi edad, entre los que están mis hermanos, a los que se suman Nacho, Topo, Ciro, el Chino Díaz, los Trujillo, que son dos, y los García, que son cuatro, y que son los más simpáticos. Así es que, con ellos, soy un chico más. Y me entretengo mucho. Las otras niñas del condominio deben bordear los seis años en promedio, y salen a patinar y a vender limonadas disfrazadas de princesas. No me sé sus nombres.

Mis padres trabajan juntos, tienen un negocio de alarmas para casas ubicado hacia el sur de la carretera, en la comuna de Independencia. Como vamos a un colegio

que queda en el sector, mi mamá pasa por nosotros en las tardes y nos venimos juntos a la casa a tomar once. En realidad, lo hace principalmente para vigilarnos. Porque si fuera por nosotros, nos pasaríamos el tiempo andando en bici, en *skate* o jugando a la pelota con los vecinos. Mi mamá se llama Mirna, y todos le dicen Mini. Es bajita, algo gordita y tiene el pelo colorín y ondulado hasta los hombros. Su cara está poblada de pecas, y cada vez que sonrío se le hacen unos hoyuelos debajo de sus ojos verdes. Ahora, cuando le dan sus habituales carcajadas, de sus ojos brotan lágrimas incontenibles, como en los monitos animados japoneses. Es simpática y alegre pero firme. No hay caso con ella. No la convences con nada. Mi papá se llama Gastón, es alto, ancho, de manos pesadas y bigote mexicano. Usa el pelo tan corto, que no puedes saber si tiene canas o no. En sus fotos de joven lo tenía negro. Tiene un ojo levemente más arriba que el otro, y una nariz de boxeador que delata sus antiguas pasiones de adolescente, cuando se pasaba las tardes entrenando en el ring de su barrio, en Independencia, en vez de estudiar. De esas aficiones le quedaron algunas secuelas y muchos amigos. Uno de ellos, el viejo Armin, lo empleó en su negocio y le enseñó todo sobre alarmas. Cuando se enfermó y lo desahuciaron, le vendió el negocio a mi papá a un precio muy razonable y así fue como AA, Alarmas Armin, se convirtió en el negocio familiar. Lo mejor de mi papá es su buen humor. Nunca se enoja, y le gusta vivir la vida con alegría y buenos momentos. Somos muy cercanos.

Si tuviera que describirme físicamente, diría que soy el resultado de mis padres después de ser batidos en la juguera. Tengo el porte de papá, soy una de las más altas del curso; su pelo liso y oscuro, pero con el rostro de mamá: su nariz diminuta, sus ojos achinados y verdes, y su boca delineada, de labios gruesos. Me hubiese encantado heredar sus pecas, pero al menos compartimos la misma sonrisa, y eso es una suerte. Antes era muy delgada, pero últimamente he dejado de serlo y todo indica que estoy en plena etapa de mutación hormonal. Desconozco cómo seré al final.

Mis padres, Gastón y Mini, fueron vecinos de toda la vida, en la comuna de Independencia, sin embargo, nunca se toparon. Mis abuelos paternos, Juan Zamora y Guillermina Vásquez, eran dueños de una carnicería muy popular. Con toda una vida dedicada al negocio bovino, se esperaba de mi papá que siguiera el mismo camino, especialmente porque era el mayor de siete hermanos. Pero fue el tío Carlos, el hermano que le sigue, quien se quedó administrando el negocio cuando Juan y Guillermina jubilaron. La pasión de mi papá siguió siendo el boxeo, donde conoció a tantos amigos, como el Cholo Achurra, especialista en pozos sépticos; el Mono Miranda, técnico en refrigeradores, y el viejo Armin Astudillo. A este grupete de amigos los entrenaba «el Carloncho», un exboxeador de peso pluma que alguna vez tuvo pequeños éxitos nacionales.

Con mi mamá se conocieron en una fiesta que organizaron los vecinos de su barrio para darle la bienveni-

da a la primavera, hace muchos años, cuando papá ya trabajaba en AA. Cerraron la calle y todos sacaron sus mesas y sillas, manteles y vajillas, sus parrillas a carbón y pasaron un domingo inolvidable. Mi papá siempre cuenta que ese día, cuando vio a mi mamá conversando y riéndose con su hermana Susana y sus primas, supo con toda certeza que ella sería su esposa. Cuando se pone nostálgico, le gusta contarlo y ver la reacción de los oyentes. Y lo hace con mucho entusiasmo. Dice que cuando se le acercó a ella, lleno de valentía, se presentó con su nombre, la miró a los ojos y simplemente le dijo: «Tú serás la madre de mis hijos». Cuenta que ella solo se echó a reír y él fue objeto de burlas de todas las otras chicas que estaban ahí. El tiempo, sin embargo, le dio la razón, y un año después se casaron en la parroquia Nuestra Señora de Fátima, con todo el familión, y una fiesta en el mismo barrio donde ocurrió el flechazo.

Cuando llegamos a vivir al condominio, veníamos de Independencia, de un pasaje lleno de niños. Lo hicimos cuando yo estaba saliendo de primero básico. De nuestra vida en ese pasaje no tengo muchos recuerdos. Solo uno, que me persigue hasta hoy. Debo haber tenido cinco años. Tenía una vecina que se llamaba Vicky que siempre me invitaba a su casa a jugar a las muñecas. Mi mamá insistía en que fuera y yo la odiaba por eso. ¿Acaso había algo peor que jugar a las muñecas?

—Alicia, ánimo. Lo vas a pasar bien con Vicky —me repetía siempre que la mamá de mi vecina llamaba a la casa para invitarme a la suya.

—Pero, mamá, ¡me carga ir! ¡Siempre quiere jugar a las muñecas! —me quejaba.

—¿Y qué tiene de malo jugar a las muñecas? —preguntaba ella poniendo sus manos en la cintura en señal de molestia. Se veía como un cántaro de greda.

—¡Me cargan las muñecas! —le respondía furiosa.

—¿Qué es eso de «me carga»? A tu edad, las niñas juegan a las muñecas, Alicia. Ya, nada de quejarse y vamos andando —sentenciaba sin piedad, abriendo la puerta de la casa.

Ahí partía yo, arrastrando los pies, como si me llevaran a la cárcel en vez de a la casa de una amiga a jugar. Al cruzar la reja, miraba a mis hermanos y a los vecinos jugando a la pelota en el pasaje y me decía a mí misma: «Yo debería haber nacido hombre».